

## VIII

**M**IENTRAS Gilberto trazaba rápidamente estos últimos renglones, sonó la campana llamando al comedor. Bajó corriendo á la espaciosa estancia y los encontró á todos sentados á la mesa.

—Vamos á ver—le dijo jovialmente el conde Kostia—¿qué os parece nuestro nuevo comensal?

Gilberto percibió entonces la presencia de un quinto convidado cuya fisonomía no le era enteramente desconocida. Este nuevo invitado estaba sentado á la derecha del padre Alejo, quien parecía muy poco complacido del nuevo comensal. Era éste nada menos que Solón, el favorito del amo, un titi de los que llaman vulgarmente en algunos países monos enlutados, de negro pelaje, y con la cara, manos y piés de color pardo rojizo.

—Espero me perdonaréis—prosiguió M. Leminof—que

haga comer á Solón con nosotros. Hace algunos días que ese pobre animal parece atacado de hipocondría, y me complazco en procurarle esta pequeña distracción. No dudo que le divertirá. Aborrezco los rostros tétricos; la hipocondría es el refugio de los tontos que no hallan recursos en su talento.

Pronunció estas últimas frases dirigiéndose á Esteban. El rostro del joven estaba más sombrío que nunca; tenía los ojos hinchados y hundidos. La indignación que le inspiró la brutal frase de su padre le dió fuerzas para dominar su abatimiento. Se puso á comer resueltamente la sopa, á la cual no había tocado todavía, y sintiendo que Gilberto fijaba la vista en él, irguió la cabeza con prontitud y le lanzó una mirada centelleante. Gilberto creyó adivinar que le pedía cuenta de su clavellina, y no pudo menos de ruborizarse, tan cierto es que no basta ser inocente para tener la conciencia tranquila.

—Francamente—continuó el conde bajando la voz—¿no halláis alguna semejanza entre los dos personajes que se sientan al extremo de la mesa?

—No me parece muy notable esa semejanza—contestó friamente Gilberto.

—¡Oh, por Dios! No quiero decir que sean idénticos en todos sus puntos. Concedo sin pena que el padre Alejo hace mejor uso de sus pulgares; concedo también que en su cabeza hay algunos granos de fósforo más, porque, ya lo sabéis, los sabios de hoy día, á su costa y riesgo, han reconocido que el espíritu humano no es más que una cerilla fosfórica.

—Esos mismos sabios—dijo Gilberto—consideran el genio como una neurosis. ¡Buen provecho les haga! ¡No son hombres!

—Tratáis muy ligeramente á la ciencia; pero contestadme con ingenuidad: ¿no halláis cierta analogía entre esos dos personajes vestidos de negro y con el rostro rojizo?

—Mi opinión—dijo Gilberto impaciente, interrumpién-

dole—es que Solón es bastante feo y el padre Alejo muy guapo.

—Vuestra contestación me pone en grave apuro—repuso el conde—y no sé si debo daros gracias por el cumplimiento dirigido á mi capellán ó incomodarme por la dureza con que habláis de mi mono... Lo cierto es—añadió—que mi mono y mi capellán... no he dicho bien, mi capellán y mi mono se parecen en una cosa: los dos tienen una afición decidida á las trufas. Mirad!

Acababan de servir un guisado con trufas. Solón devoró una porción en un abrir y cerrar de ojos, y como su instinto le inducía á codiciar el bien ajeno, fijó en el plato de su vecino miradas llenas de amorosa concupiscencia. Ágil, diestro y atento á las oportunidades, aprovechó el momento en que el padre llevaba el vaso á los labios, para alargar la pata. Coger una trufa y tragársela, fué para él negocio de medio segundo. Fuera de sí de indignación, el buen hombre se volvió rápidamente y miró al ratero con centelleantes ojos. El titi se afectó poco por aquel arranque de cólera, y para celebrar el feliz éxito de su fechoría, se agarró con sus cuatro manos al respaldo de la silla, y se entregó á zarandeos desordenados y frenéticos. El buen padre movió tristemente la cabeza, alejó su plato y continuó comiendo, no sin vigilar con el rabillo del ojo los movimientos del enemigo. Pero en vano se mantenía alerta: á despecho de sus precauciones, nuevo ataque, nuevo hurto, y nuevo zarandeo de gozo del titi. Esta vez le faltó la paciencia al padre Alejo, y el mono recibió en pleno hocico un vigoroso papirotazo que le arrancó un grito agudo, pero al mismo tiempo el capellán sintió hincarse en su mejilla izquierda dos hileras de afilados dientes. Trabajo le costó retener un grito; abandonó la partida; dejó á Solón que se comiera su parte en sus mismas barbas, y no se ocupó más que en restañar la sangre, que manaba abundante de su herida.

El conde fingió no ver lo que acababa de ocurrir; pero

sus ojos chispeaban de contento, atestiguando que no había pasado inadvertido para él el menor detalle de aquella tragi-comedia.

— Parece que desconfiáis de Solón, padre—dijo, viendo que éste retiraba la silla y se mantenía á alguna distancia del mono.—No tengáis cuidado, es manso é incapaz de una mala acción. No tiene más sino que ahora está un poco triste, pero en su melancolía observa todas las reglas de la urbanidad... en cuyo caso no se encuentran todos los melancólicos — añadió dirigiendo una mirada oblicua á Esteban, el cual, presa de súbito acceso de tristeza, acababa de apoyar los codos en la mesa, cubriéndose los ojos con la mano derecha para ocultar sus lágrimas á la mirada de aquel desnaturalizado padre.

El mismo Gilberto sentíase próximo á desfallecer, y se retiró de la mesa lo más pronto que pudo. Felizmente nadie le siguió á la terraza. Esteban ya no tenía flores que cultivar y fué á encerrarse en la gran torre. Por su parte, el padre Alejo se apresuró á ir á curarse la herida; en cuanto á M. Lemnof, estaba descontento del aire de frialdad, y según él, de compostura con que Gilberto había escuchado sus chanzonetas, y volvió á su gabinete prometiéndose dar á su señor secretario, del cual por otra parte hacía gran aprecio, ese último grado de flexibilidad y de dulzura que le faltaba todavía. El conde Kostia estaba en una edad en que el alma mejor templada experimenta por momentos la necesidad de expansionarse, se hubierá alegrado de tener á su lado un sér complaciente, y su gozo fuera completo si pudiese hacer aceptar este empleo á su secretario.

Gilberto atravesó presuroso la terraza y apoyándose de codos en el parapeto, contempló durante algún tiempo el camino real donde reinaba profundo silencio. « ¡Diez meses todavía! » se dijo, y frunciendo las cejas, volvió sus miradas hacia el odioso castillo donde su destino le encarcelara. Parecía que la vetusta morada quisiese vengarse

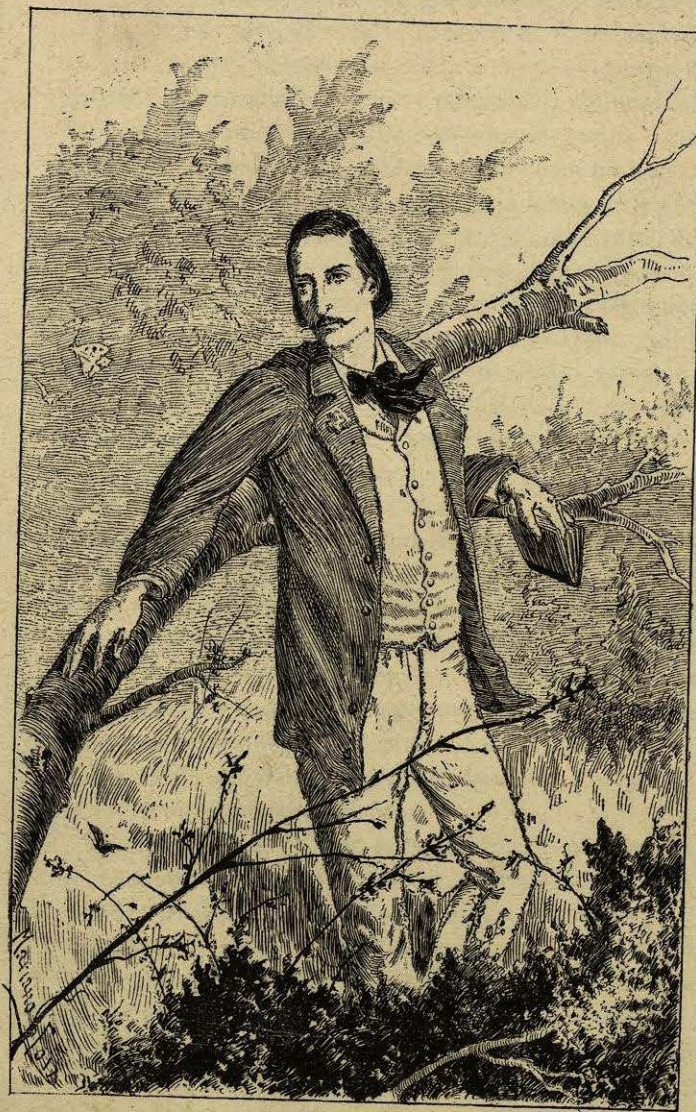
de su mal humor: jamás había estado revestida de tan sonriente aspecto. Un rayo del sol poniente bañaba cual luminosa faja sus anchurosos tejados; de los ladrillos brotaban ambarinos destellos, los remates nadaban en polvillo de oro, y los caballetes y veletas despedían chispas. El aire estaba embalsamado; las lilas, el toronjil, el jazmín y la madreselva mezclaban sus perfumes, que el soplo casi imperceptible del viento del norte esparcía por los cuatro ángulos de la terraza, y estos perfumes errantes se impregnaban, al paso, de otros olores más delicados y sutiles; de cada hoja, de cada pétalo, de cada brizna de yerba se exhalaban secretos aromas, palabras mudas que las plantas cambiaban entre sí, y que revelaban al corazón de Gilberto el gran misterio de felicidad que estremece el alma de las cosas.

Entregado á la embriaguez de sus sentidos se felicitó de poder saborear todavía los goces contemplativos que le habían hecho tan feliz en las dos primeras semanas de su permanencia en Geierfels. Encaminóse hacia la plazoleta central de la terraza. Allí, entre una acacia de follaje elegantemente recortado y un catalpa de hojas color verde pálido, había un estanque de mármol cuyo resquebrajado brocal estaba cubierto de musgos y mastuerzos. Un agua límpida llenaba aquella concha engastada en el aterciopelado césped. En el centro, sobre un pedestal de pórfido, se elevaba una estatua amarillenta y deteriorada por el tiempo, que representaba un fauno jovial. En sus labios asomaba olímpica sonrisa. La cornuda deidad se inclinaba desde lo alto de su pedestal para mirar en el agua su temblorosa imagen, á la cual los nenúfares que bordeaban el estanque formaban verde marco. Al parecer, se complacía en ver reflejar su desordenada alegría en el líquido espejo, que plegándose á intervalos, multiplicaba su risa, y la desparramaba en todas direcciones. Al mismo tiempo el gollete del canal subterráneo que conducía el agua al estanque, manando pausadamente, prestaba voz

á aquella alma muda é irónica que el escultor había encerrado en el marmóreo seno de su estatua. Gilberto, apoyado en el tronco del catalpa, contemplaba aquel cuadro risueño y encantador; pero la burlona alegría del fauno nada le decía á su corazón, y sus miradas se fijaban con preferencia en una magnífica ninfea que, erguida sobre un largo pedúnculo, se extendía en la superficie del agua. Aquella corola, de blancura deslumbrante, le parecía el símbolo de los puros y profundos goces que penetran en el corazón del hombre cuando Dios consiente en descender del cielo para habitar en él, y por instantes se repetía á media voz la divisa sagrada del budhismo: *¡Paz eterna en el loto!*

Al cruzar por el césped que rodeaba el estanque, sus miradas se fijaron en algo que formaba mancha en tan risueño parterre. Era un rincón de tierra inculta, un sitio sombrío, triste... el pobre jardín de Esteban devastado. Ante aquella vista se le oprimió el corazón: alejose presurosamente y se refugió en la extremidad norte de la terraza. Allí crecía un vigoroso sauce llorón cuyas ramas barrían casi el suelo, formando una encantadora glorieta. Por entre sus ramas, un citiso inmediato dejaba colgar como girándulas, algunos de sus racimos color amarillo de oro, exhalando exquisita fragancia. Un banco circular rodeaba el tronco del sauce. Sentóse en él muy enojado contra sí mismo, al advertir que la imagen del desconsolado Esteban le perseguía de nuevo importuna.

—«¡Y bien!— se dijo, — ese joven acaba de sufrir un nuevo acceso de desesperación, es posible que en este instante llore todavía, encerrado en su torre, apoyados los codos en la mesa, solo, entregado á sí mismo, sin un amigo que le interrogue sobre los motivos de su aflicción, ni le consuele, ni le compadezca, ni le anime... Pero yo no puedo enjugar sus lágrimas. ¿Por qué me he de ocupar de él? Malhaya esa inútil compasión que turba mi existencia sin aprovechar á nadie!»



Gilberto estaba decidido á anegar aquella tarde sus penas en las divinas armonías de la naturaleza. Para conseguir mejor su objeto, llamó en su ayuda á la poesía, porque los grandes poetas son los eternos mediadores entre el alma de las cosas y nuestros débiles corazones de arcilla y limo. Recitó los dísticos en que Goethe describe en un lenguaje digno de Homero y de Lucrecio, las metamorfosis de las plantas. Este trozo que figuraba á manera de preámbulo al principio del libro que llevaba consigo en sus paseos, lo había aprendido de memoria pocos días antes. Para penetrarse mejor del sentido de aquellos admirables dísticos, procuró traducirlos en alejandrinos franceses, tarea á que se había dedicado algunas veces. Este ensayo de traducción le pareció en seguida superior á sus fuerzas. Sabido es que sólo la poesía alemana es capaz de hacernos sentir el nacimiento de la yerba en el seno de la tierra y el giro de las esferas celestes en el espacio. Cada lengua tiene sus pedales y sus registros particulares; la musa tudesa es la única que puede ejecutar esos motivos graves que es necesario tocar á la sordina... Gilberto, durante más de una hora, se consumió en vanas tentativas, y, al fin, exasperado, contentóse con recitar de nuevo en alta voz, el poema que desesperaba de poder traducir. La primera mitad la dijo con el fuego del entusiasmo, pero su acento se entibió al pronunciar el pasaje siguiente:

«Cada flor, querida mía, te habla con voz clara y distinta, cada planta te anuncia claramente las leyes eternas de la vida; pero esos geroglíficos sagrados de la diosa que descifras en su perfumada frente, los vuelves á encontrar en todas partes, ocultos bajo otros emblemas. ¡La oruga, que al principio se arrastra, no tarda, ligera mariposa, en lanzarse rápida por los aires! ¡así el hombre, modelándose en el crisol del progreso, hace que su alma recorra el círculo de sus metamorfosis! ¡Oh! recuerda solamente, cómo el lazo que anudó nuestros espíritus, fué germen del que surgió con el tiempo dulce y encantadora simpatía, y

en breve la amistad, á su vez, reveló su poderío á nuestros corazones, hasta que el amor, llegando por último, la coronó de flores y frutos...»

Al llegar aquí una ligera nube de tristeza cruzó por la frente de Gilberto; sentía una secreta desesperación por haber encontrado en los versos de su poeta favorito un pasaje cuya aplicación no podía hacerse á sí mismo.

—Á lo que parece—se dijo después de haberse tomado el trabajo de reflexionarlo—hasta hoy no he encontrado el alma, hermana gemela de la mía, que Dios destina á mi ternura, ó bien, si la he encontrado, no me ha dado tiempo suficiente para conocerla. En asuntos de pasión, no soy de los que precipitan los desenlaces. Mis sentimientos se hallan sometidos á la ley del progreso insensible, no conocen las expansiones súbitas y milagrosas. Sí, un simple conocimiento, para empezar lazo... luego la costumbre, más adelante la amistad... y el amor en fin, es decir, el desenlace, la oruga convertida en mariposa desplegando sus azuladas alas, el árbol cubriéndose de flores y frutos... Algún día, tal vez... en mi peregrinación por Italia... *Chi lo sa?*

En esto había llegado la noche, noche parecida á un día fresco y sereno. La luna brillaba radiante en el zenit, inundaba de suave blancura los celestes campos, sacudía su antorcha sobre el Rhin y hacía centellear la cresta de sus movedizas aguas; esparcía sobre las copas de los árboles una lluvia de plateados resplandores; suspendía en sus ramas collares de zafiros y diamantes azulados que la brisa frotaba juguetona. Los grandes bosques dormidos se estremecían al contacto de aquel rocío de claridad que bañaba sus soberbias frentes, y sentían que algo divino se insinuaba en el horror de sus sombríos retiros. Á ratos, un ruiseñor lanzaba al viento algunas notas sonoras y sostenidas: parecía que la selva dejaba oír su voz hablando adormecida y que su alma arrobada en éxtasis, exhalaba su embriaguez en largo suspiro de amor.

Gilberto había velado hasta muy tarde las noches precedentes; desde que había resuelto pasar poco tiempo en Geierfels, se dedicaba afanoso á sus estudios sobre los bizantinos, con la esperanza de que adelantando algún tanto la terminación, el conde Kostia consintiera más fácilmente en su partida. El exceso de trabajo, por muy robusta que fuera su constitución, acabó por fatigarle y reivindicando la naturaleza sus derechos, el sueño se apoderó de él en el momento en que pensaba levantarse del banco para ir á entablar en su aposento un rato de conversación nocturna con Agathias y Procopio.

Cuando despertó, la luna había recorrido ya largo camino y declinaba hacia el horizonte. Al abrir los ojos quedó sorprendido, figurándose no haber dormido sino cortos momentos. Se levantó y sacudió sus miembros entorpecidos por la humedad. En este momento, el reloj del castillo dió dos campanadas. Por fortuna, era el único habitante de Geierfels que tenía libre la salida y la entrada; el torreón que ocupaba tenía comunicación con la terraza por una escalera secreta y una puertecita excusada, cuya llave poseía. Felizmente, también, los perros habían aprendido á conocerle, y no intentaron estorbar su retirada. Llegó á la puertecilla sin tropiezo, la abrió, y después de haber encendido una bujía que llevaba en el bolsillo, subió con precaución la escalera, cuyos peldaños estaban rotos en más de un sitio.

Acababa de llegar á la primera meseta á que daba el vasto comedor que dominaba á lo largo de la fachada principal paralela á la terraza, y se disponía á franquearla, cuando oyó de pronto un largo y doloroso suspiro que salía de lo profundo de la galería. Se estremeció y permaneció algunos momentos inmóvil, con el cuello tendido, el oído atento y sondeando con la vista la oscuridad de donde esperaba ver salir alguna fúnebre aparición; pero casi al mismo tiempo una ráfaga de viento, penetrando por la ventana de una claraboya, la hizo girar sobre sus goznes

produciendo un sonido plañidero, que repitieron los ecos del corredor. Gilberto presumió que lo que había creído un suspiro no era más que el gemido del viento, remediando en sus melancólicos juegos, la voz del dolor humano. Se puso á andar de nuevo y había subido ya algunos escalones del segundo tramo, cuando un nuevo suspiro, más lúgubre todavía que el primero, llegó á herir sus oídos y á helarle la sangre en la venas. Ya no cabía duda, el viento no tiene semejantes acentos: era un quejido áspero, estridente, desgarrador, que parecía salir de las entrañas de un espectro.

Mil siniestras suposiciones exaltaron el ánimo de Gilberto, que no se dió tiempo para profundizarlas. Conmovido, palpitante, con la frente ardiendo, se lanzó de un salto á la meseta y, dirigiéndose á la entrada de la galería, exclamó con acento conmovido y sin saber lo que decía:

—¿Quién está ahí? ¿quién necesita socorro? Yo, Gilberto, estoy pronto á acudir en su auxilio...

Su voz se engolfó y se perdió bajo las sombrías bóvedas del corredor. Nadie contestó; las tinieblas permanecieron mudas. Con la viveza de su movimiento, Gilberto había apagado la bujía; disponíase á encenderla de nuevo, cuando un murciélago, lanzándose bruscamente sobre él, le azotó la frente con sus alas. El estremecimiento que le produjo este ataque imprevisto fué causa de que dejara caer la vela; se bajó para recogerla y no la pudo encontrar. Á pesar de este contratiempo no dejó de andar hacia adelante. Un débil rayo de luna, que penetraba por la claraboya y proyectaba á la entrada del corredor una larga línea de azulada luz, le sirvió para guiar con seguridad sus primeros pasos. En seguida se encaminó á tientas, con los brazos extendidos y tocando la pared. Á cada tres pasos, se detenía aplicando el oído y repetía con voz ahogada por la emoción:

—¿Quién está ahí? ¿Puedo hacer algo en vuestro servicio?

No obtuvo otra respuesta que los latidos de su corazón y el murmullo del viento, que continuaba haciendo rechinar los goznes de la claraboya.

La galería en que se había internado Gilberto interrumpíase á la mitad de su longitud por dos escalones á cuyo pié se encontraba una gran puerta de hierro que permanecía abierta durante el día, y que al oscurecer se cerraba con doble vuelta de llave. Al acercarse, Gilberto entrevió un débil resplandor que surgía por debajo de la puerta. Bajó los escalones, y cuando aplicó sus ojos á la cerradura, de la que habían quitado la llave, lo que vió transformó la horrible angustia que acababa de experimentar en gran sorpresa mezclada de terror.

Á veinte pasos de él se erguía la espantosa figura de un fantasma. Estaba envuelto en un gran lienzo blanco arrollado varias veces al rededor de su cuerpo, y pasando por debajo de su brazo derecho, volvía á caer por encima de su hombro izquierdo. En una mano tenía una antorcha y una espada, en la otra un cuadro de ébano de forma oval, del que Gilberto no veía más que el dorso, y que debía contener un retrato. El rostro de este fantasma era pálido, flaco, de longitud desmesurada; su marchita piel parecía incrustada en los huesos; sudor abundante corría por su frente y pegaba los cabellos á las sienas. No hay palabras para expresar el espanto que producía su mirada. Le pareció á Gilberto que aquellas ardientes pupilas se clavaban en él á través de la puerta, y sin embargo no veían nada de cuanto las rodeaba, el rayo visual estaba vuelto hacia dentro; el invisible objeto en que se encarnizaba aquella mirada era un corazón habitado por espectros.

De repente, los labios del nocturno rondador se entreabrieron, y dejó escapar un nuevo suspiro más terrible aún que los dos precedentes. Se hubiera dicho que su oprimido pecho quería sacudir, por un violento esfuerzo, una montaña de pesares cuyo peso le aplastaba, ó, por mejor decir, el alma quería exhalar en ese gemido deses-

perado. Sintióse sobrecogido Gilberto de inexplicable turbación, y erizáronse sus cabellos. Quiso huir; pero una curiosidad más poderosa que su terror le impidió moverse de aquel sitio y le clavó en la puerta. En aquellas cejas, en aquellos pómulos, á pesar del desorden de aquella faz, había reconocido al conde Kostia.



Por fin el siniestro sonámbulo salió de su inmovilidad, y avanzó á paso lento; su marcha era la de un autómeta. Después de haber andado diez pasos, se detuvo, paseó la mirada en derredor suyo, y se inclinó ligeramente. Los dilatados rasgos de su fisonomía recobraron sus proporciones naturales, la vida se reanimó en su frente, la inercia cadavérica de su rostro cedió el puesto á una expresión de melancolía y abatimiento. Durante algunos segundos, movió los labios sin pronunciar una sílaba, como para darles flexibilidad y prepararlos de nuevo al uso de la palabra; luégo con voz dulce que Gilberto no le conocía y con el plañidero acento de un niño doliente:

—¡Cuánto pesa este retrato!—murmuró.—No puedo sostenerlo; quitadlo de mis manos; me abrasa. Por favor, apagad ese fuego, extinguidlo. Tengo un tizón en el pecho. Cubridlo de ceniza; cuando no le vea más, sufriré menos. Mi mayor padecimiento está en los ojos. Si estuviera ciego, podría volver á Moscou...

Y con voz más apagada:

—Verdad es que podría destruir este retrato; pero al

otro, no puedo matarlo. ¡Maldición sobre mí! Este es el más parecido de los dos... Son sus cabellos, es su boca, es su sonrisa... ¡Ah! ¡Dios sea loado! He matado la sonrisa. La sonrisa no existe ya. He logrado enterrarla... Pero en un ángulo de la boca hay el lunar. Le he besado mil veces; quitad ese lunar, me hace daño! Sin ese lunar, yo padecería menos. ¡Misericordia divina! siempre está allí... Pero ya he enterrado la sonrisa. La sonrisa no existe... La he encerrado en el fondo de un ataúd de plomo. No saldrá de allí...

Luégo, cambiando repentinamente de acento, y con voz tranquila, pero hueca, fijos los ojos en la enmohecida espada que empuñaba su mano derecha:

—La mancha no se quita—dijo.—El acero no quiere absorberla. No era esta la sangre que apetecía. Ya hallaré la otra, y la beberá. ¡Ah! Ya veréis como la beberá.

Dicho esto, volvió á guardar silencio y al parecer reflexionó profundamente, hasta que irguiendo la cabeza, gritó con entonaciones fuertes y vibrantes, que hicieron temblar la puerta de hierro en sus goznes:

—Morlof, ¿con que no eres tú? ¡Ah! querido compañero, me engañé... ¡Ea! No echés de menos la vida. No es más que el sueño de una lechuza... Créeme, amigo mío, quisiera morir, pero no puedo. Es necesario antes que sepa... es necesario que descubra... ¡Ah! Morlof, Morlof, deja tus manos entre las mías, ó creeré que no me perdonas... ¡Dios mío! ¡qué frías están esas manos... frías... frías!

Y al decir estas palabras, un estremecimiento agitó todo su cuerpo; su cabeza se movió convulsivamente sobre sus hombros, rechinaron sus dientes, pero, á poco, calmándose:

—Yo quiero saber el nombre—murmuró.—¡Yo lo sabré! ¿No habrá quien me diga ese nombre?

Al expresarse así levantó el retrato á la altura de su rostro, y con la cabeza inclinada, y alargando el cuello, se



hubiera dicho que procuraba descifrar en aquel lienzo un escrito microscópico ó bien oscuros geroglíficos.

—¡El nombre está aquí!—decía.—Está escrito en el lugar del corazón, en el fondo de ese corazón; pero no puedo leerlo, la letra es muy fina, es letra de mujer; no sé leer la letra de las mujeres. Emplean un carácter cuya clave sólo posee Satanás. Tengo la vista turbia, siento en mi cerebro el zumbar de mil abejorros. Hay uno sobre todo que me oculta siempre ese nombre. ¡Oh! por favor, por compasión, quitad el abejorro y traedme unas tenazas... Con buenas tenazas, iré á buscar ese nombre hasta las últimas fibras de este corazón que ya no late...

Y añadió, con terrible acento:

—Los muertos no despegan jamás los labios. El que vive, hablará. Ya veréis como le obligo á hablar... Arracadle su negro ropaje, tendedle sobre esta tabla. ¡Los borceguíes! ¡Los borceguíes! ¡apretad los borceguíes!

Luégo, interrumpiéndose bruscamente, levantó los ojos y los mantuvo fijos en la puerta. Una expresión de furor mezclada de espanto apareció en su rostro, como si acabara de ver de pronto algún objeto horrible y alarmante. Su fisonomía se descompuso, se le torció la boca cubriéndose de espuma; sus pupilas, desmesuradamente dilatadas, despidieron fuego, lanzó un sordo rugido, dió algunos pasos hacia atrás y de pronto, dejando caer al suelo el candelero se apagó la luz, y gritó con horrenda voz:

—¡Detrás de esa puerta hay unos ojos!... ¡hay unos ojos!... ¡unos ojos!...

Sobrecogido de horror, desatinado, fuera de sí, Gilberto se volvió y emprendió la fuga. Á pesar de la oscuridad, encontró milagrosamente su camino. Corriendo á través el corredor, subió en tres saltos la escalera, se lanzó en su aposento, á cuya puerta echó el cerrojo, encendió precipitadamente una bujía y después de haber paseado la mirada en derredor suyo, para asegurarse de que el fantasma no había entrado detrás de él en su reducto, se

dejó caer en una silla, aturdido y sin aliento. Cuando hubo reposado algunos momentos, se avergonzó de sus temores, pero á su pesar, la turbación era tal que á cada leve rumor que oía, creía percibir los pasos del conde Kostia subiendo la escalera del torreón. Sólo después de haber rociado con agua fría su enardecida frente, recobró alguna calma, y, queriendo, por un esfuerzo supremo, exorcizar las espantosas imágenes que le asediaban, se sentó á su mesa de trabajo y abrió resueltamente uno de los infolio de la *Byzantina*. Iba á emprender la lectura, cuando sus miradas tropezaron con una carta abierta, que habían dejado sobre la mesa durante su ausencia. La desplegó; su contenido era el siguiente:

«Óigame el de las frases retumbantes, te escribo para participarte todo el odio que me inspiras. Sábelo bien; desde el día en que te vi por vez primera, tu andar, tu figura, tus maneras, toda tu persona, fueron para mí objeto de desconfianza y aversión. Creí reconocer en ti á un enemigo y los sucesos han probado que no me equivocaba. Ahora te detesto, y te lo declaro francamente, porque no soy hipócrita, y deseo que sepas que hace un momento, en mis oraciones, he rogado á San Jorge que me proporcione una ocasión para vengarme de ti...

»¿Qué has venido á buscar á esta casa? ¿Qué hay entre los dos? ¿Hasta cuándo pretendes imponerme el suplicio de tu odiosa presencia, de tus sonrisas irónicas y de tus miradas insultantes?... Antes de tu llegada, faltaba algo para completar mi desgracia. ¡Dios sea loado! tú te encargaste de dar la última mano. En otro tiempo yo podía llorar á mi sabor, sin que nadie se ocupara en contar mis lágrimas: quien las causa no descende á esas nimiedades, tiene confianza en mí, sabe que al cabo del año la cuenta será justa; pero tú, tú me observas, tú me espías, tú me estudias. No se me oculta que al mirarme te entregas á breves diálogos íntimos, y esos diálogos me son insoportables. Atiende bien lo que te digo, te prohibo

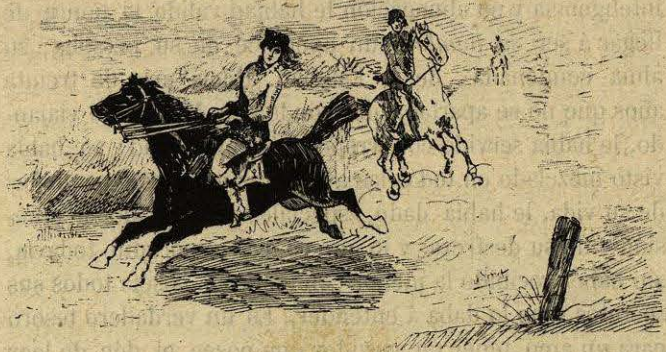
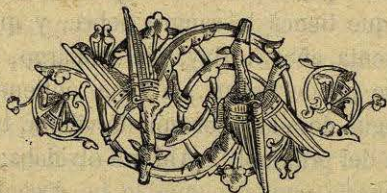
que me estudies, te prohibo que procures definirme. Esa es una afrenta que no tienes derecho á inferirme; y yo tengo el derecho de ser indefinible, si me parece bien. ¿Crees que no he adivinado, poco há, que tenías los ojos fijos en mí? Al momento he levantado la cabeza, te he mirado fijamente, y te he obligado á ruborizarte... Sí, te has ruborizado, no intentes negarlo... ¡Qué consuelo para mí! ¡Qué triunfo!... ¡Ay! esto no impide que yo no me atreva á asomarme á la ventana, por temor de verte mirando al cielo, haciendo con aire sentimental declaraciones de amor á la naturaleza.

»Explícame, hombre hábil, ¿cómo te compones para combinar tanta sensiblería con una destreza tan refinada? Tierno amigo de la infancia, de la virtud y de las puestas de sol, ¡qué diestro cortesano eres! Desde el primer día que llegaste aquí, el amo te honró con su confianza y su ternura. ¡Cuánto te quiere! ¡cuánto te estima! ¡Cuántas atenciones! ¡cuánto favor! ¿No nos mandará acaso mañana que besemos el polvo que pisas?... Si algo te importa, sabe que lo que más me subleva contra ti, es la inalterable dulzura de tu carácter y de tu semblante. Tú conoces á ese fauno que se mira noche y día en el estanque de la terraza; siempre ríe y siempre está contemplando su risa. Á ese eterno reidor, le detesto desde el fondo de mi alma como te detesto á ti, como detesto al mundo entero, exceptuando sólo á mi caballo Solimán. ¡Á lo menos en su alegría hay buena fe, se muestra tal como es, la vida le divierte, buen provecho le haga! Pero tú envuelves tu dicha en intolerable gravedad. Tu aspecto tranquilo me consterna, tus grandes miradas de satisfacción parece que dicen: «¡Me siento perfectamente bueno, tanto peor para los que están enfermos!...» Una palabra todavía. Tú me consideras como á un niño, y quiero probarte que no lo soy, mostrándote hasta qué punto te he adivinado. El secreto de tu sér, es que has nacido sin pasiones. Confiesa, si procedes de buena fe, que no, nunca has sentido en

tu vida un impulso de desesperación, de cólera, ó de compasión. ¿Hay acaso, dime, hay una sola pasión cuya influencia hayas experimentado, y la conozcas por algo más, que por lo que dicen los libros? Tu alma es como el nudo de tu corbata, siempre el mismo, y que tiene no sé qué aire tranquilo y razonable que no puedo sufrir. Sí, ese nudo de corbata me exaspera. Los dos extremos tienen exactamente la misma longitud, y acusan una *indecomponibilidad* que llegaría á enfurecerme. No pretendo decir que ese famoso nudo no sea elegante. ¡Oh! ¡no por cierto! ¡Oh! ¡mil veces no! pero es tan correcto, que causa desesperación. He aquí precisamente la historia de tu alma. Cada noche al acostarte, vuelves á doblarla por los mismos pliegues; ¡todas las mañanas la desdoblas cuidadosamente, sin arrugarla! ¡Y te atreves á enorgullecerte de tu sabiduría! ¿Qué prueba esa pretendida sabiduría? Nada, sino que tienes la sangre pobre, y que al nacer tenías cincuenta años... Hay, sin embargo, una pasión que no te se puede negar... Ya me entiendes... Hombre de la lengua dorada y corazón de víbora, tienes la pasión del bien del prójimo!... ¡Ah! me olvidaba; al empezar esta carta, quería ocultarte que lo he descubierto todo. Temía causarte demasiado placer participándote que sabía... ¡Oh! ¡que no pueda hacerte comparecer en este instante á mi presencia! ¡cómo te confundiría! ¡como te obligaría á postrarte á mis piés, á pedirme perdón!...

»¡Oh mis queridas flores, mi cruz de Malta, mis verbenas, mis rosales matizados, y sobre todo mi hermosa clavellina empenachada, que ha debido abrirse hoy! ¿sólo para él, sólo para regocijar la vista de ese insolente parásito, os había yo plantado, regado y cuidado con tanto esmero? ¡Ah queridas flores, no entraréis también á formar parte de mis resentimientos? ¡Desde cada uno de vuestros cálices, de cada una de vuestras corolas, salga un insecto devorador, alguna avispa de afilado aguijón, algún tábano furioso y todos juntos arrójense sobre él, le asaeteen, le

persigan con sus amenazadores zumbidos y le destrocen el rostro con sus emponzoñados dardos! ¡Y vosotras mismas, queridas hijas, cuando se os acerque, cuando os mire, replégad vuestros hermosos pétalos, negadle vuestros perfumes, engañad sus cuidados, defraudad sus esperanzas, que la savia se agote en vuestras fibras, y que tenga el pesar de veros secar entre sus manos y caer convertidas en polvo! ¡Y pueda, ese hombre sin fe, á la vista de vuestras corolas marchitas y lánguidos tallos, secarse él mismo de pena, de despecho, de cólera y de remordimientos!...»



## IX

**L**A servidumbre de M. Lemínof se componía de un cocinero francés, de un ayuda de cámara alemán llamado Fritz, y del fiel y robusto Iván. Tenía además á sueldo un jardinero y un mandadero; pero estos no formaban parte de la casa, y cada tarde se volvían al pueblo inmediato donde pasaban la noche.

El cocinero y el ayuda de cámara hacían pocos meses que habían entrado al servicio del conde Kostia. Uno y otro dormían en el entresuelo, y durante la noche todas las comunicaciones con el piso superior quedaban interrumpidas por una gruesa puerta de encina situada al pie de la escalera principal, que el conde cerraba por sí mismo dando doble vuelta á la llave. En cuanto á Iván, su posición no era la de un subalterno vulgar. En su calidad de siervo, era la propiedad, era la cosa de su amo; pero su